

inicio así al procedimiento adecuado de aseo. Escupió con desprecio el líquido blanquecino que nacía del cepillado, no podía disimular su ofuscación.

Levantó el uniforme del suelo de su habitación y se vistió con premura. Bajó las escaleras con paso ágil hasta llegar a la puerta, la traspasó y cerró con violencia. Iba camino hacia su paradero, no le habían dado ganas de desayunar siquiera un pedazo de pan. Mientras esperaba el bus que lo llevaría hasta la escuela, Lucho intentaba esbozar una coartada creíble para que Verginaud no lo volviera a irritar con sus rutinarias frases de reprimenda, motivadas por el escaso interés que mostraba en su curso.

Ya había pasado casi media hora desde que la campana del patio dio inicio a la primera hora de clases. Lucho permanecía sentado inmutable en su carpeta mientras, a su alrededor, la algarabía de sus compañeros se alzaba ante la noticia que les había llegado de la subdirección de estudios: el profesor Pedro Verginaud ha tenido un inconveniente, algún problema personal. Hoy no podrá asistir a clases, así que guarden silencio y quédense sentados que les pasaremos una película por esta hora. Una sonrisa atípica se fue dibujando en el rostro de Lucho. Cerró los ojos por un momento y exhaló profundamente en silencio.

El insoportable chillido aparentemente provenía de la mesa de noche adyacente a la puerta, era la alarma del despertador.

LA TAREA DE INGLÉS

Angie Arce

Habían regresado de vacaciones de medio año. *Clankity Clankity Clankity Clank!* La miss Teresa no había tenido otra opción que ponerlos a recitar el pequeño poema del libro de inglés. *Ankylosaurus was built like a tank.* Era lo más cercano a tener ordenados a los alumnos de primero B. *Its hide was a fortress as sturdy as steel.* El libro era obligatorio desde comienzos de año. *It tended to be an inedible meal.* La nueva metodología tenía a los tutores ocupados, pero los cuentos y poemas eran la sensación entre los que más dominaban el inglés. *Clankity Clankity Clankity Clank! Ankylosaurus was built like a tank.*

Sonó el timbre del recreo y todos los cerebros cambiaron a modo «Hambre». Todos, excepto el de Adriana, que se pasó el resto del refrigerio probando rimas. Al acabar las clases, la movilidad de Adriana esperó a todos los de quinto. Siempre eran los últimos en aparecer. Odiaba un poco su habilidad de ensuciar la camioneta, comieran lo que comieran. Intentó pensar en algo que valiera la pena.

Tremendo escándalo se armó en el salón cuando la miss Teresa declaró que, después de tanto *Clankity*, debían escribir un poema corto para el día siguiente. ¿El primer día de clases después de vacaciones y ya hay tarea? Y no era de esas que se podía hacer al final del bimestre. Hasta los más vagos sabían que la miss Teresa revisaba el cuaderno de cada uno para ver si la tarea había sido hecha en casa. Alguien levantó la mano.

—Pero, profe, muchos no sabemos ni hacer dos rimas.

—Los que no quieren, hacen una descripción de diez líneas del *ankylosaurus* —respondió la miss, resignada—, pero no tendrán la nota más alta.

Llegaron los de quinto y la movilidad tomó la ruta de siempre. Adriana se sabía las casas de memoria, así que, después de ponerse los audífonos, el poema de inglés monopolizó su cabeza. ¿Cómo es posible que no se me ocurra ni el tema? Buscó en los peatones alguno que le pareciera interesante, pero solo

vio adultos en terno. Paseó la vista por un parque y solo vio a un perro haciendo caca. Inspirador, concluyó. Una frenada hizo que su mp3 se cayera al suelo, se agachó a recogerlo y, al momento de levantarse, se golpeó la cabeza. Con los ojos llorosos de dolor, decidió rendirse hasta llegar a casa.

Ya en su cuarto, aisló el cuaderno de inglés en su cama y se fue a su escritorio a terminar los ejercicios de matemática y lenguaje. Nunca los algoritmos fueron tan sencillos, nunca las conjugaciones tan repetitivas. Su mamá llegó y gritó desde la puerta que fuera a ayudarla con las bolsas del supermercado. Adriana agradeció un momento para despedirse, aunque eso implicara cargar leche, azúcar y arroz en varios viajes desde el carro hasta la casa.

Solo le quedaba una última opción antes de empezar las diez líneas sobre el *ankylosaurus*. su papá. El inconveniente era que llegaba a las ocho y su mamá la mandaría a dormir dos horas después. ¿Era suficiente tiempo para escribir un poema? No tenía idea. Se puso su pijama para ganar tiempo. Por fin, dieron las ocho y se fue a la sala a esperar.

No recordaba la última vez que le había emocionado tanto el sonido de la llave en el picaporte. La cara sonriente de su papá, un contador público que en cada oportunidad que tenía dejaba en claro que él había nacido para los números, apareció. Iba a acercarse a saludarla cuando:

—Papá, necesito que me ayudes con una tarea importantísima —soltó tan rápido que las palabras se atropellaron entre ellas.

—Antes que nada: Hola, Adri —y empezó a caminar hacia su cuarto.

—Pero, papá, ¿me vas a poder dar una manito?

Adriana sabía que, cuando usaba diminutivos, él la ayudaba en cualquier cosa.

—¿Qué te han pedido?

—Un poema.

Su papá la miró desconcertado. Luego se rio.

—Debo de ser tu última opción, ¿no?

Adriana asintió e intentó poner una mueca de convencimiento.

—Está bien. Solo borra esa cara de gatito con botas —y volteó para seguir caminando, cuando Adriana se acordó de un detalle.

—Eh, es en inglés.

—Entonces, anda poniendo uno de mis CD que vamos a necesitar a los grandes para inspirarnos —le sugirió, siguiendo su camino.

Después de un salto triunfante, Adriana empezó a husmear la colección de discos. Eligió a Elvis, por *default*. Era el único nombre que se le hacía conocido. Media hora más tarde, su papá apareció a su costado. Adriana ya había escuchado dos discos de Elvis y estaba en uno de los Rolling Stones, pero nada la convencía.

—No creo que Mick Jagger tenga alguna canción para tu tarea. —Se rio su papá.

Adriana se empezó a desesperar.

—John Denver nos puede servir. Pon este CD —decidió, eligiendo una de las tantas cajitas y alcanzándosela a Adriana.

—Viene con cancionero.

Pasaron tres canciones y lo único que hacían era intentar seguir la letra y reírse de la pronunciación *country* de John Denver. Hasta que llegó una que los dejó atentos a lo que cantaba.

Sunshine on my shoulders makes me happy, sunshine in my eyes can make me cry.

—Esa no está mal —Adriana pensó en voz alta. —No. Y pasa piola. Parece escrita por alguien de tu edad.

Sunshine on the water looks so lovely, sunshine almost always makes me high.

La voz de la mamá de Adriana los sacó de la nube que estaban compartiendo.

—Adri, diez minutos y a dormir.

Su papá, que sabía que no podía contradecir las órdenes de la jefa, le susurró a Adriana.

—Trae tu cuaderno. Ya tenemos tu poema. No usaremos el coro para despistar al enemigo.

La miss Teresa pidió levantar la mano a todos los que habían escrito un poema. Solo seis y Adriana. Como eran pocos, exigió que todos lo leyeran en voz alta. Así empezaron algunos:

*—Chankity, chankity, chankity, chan
Hop and jump my rabbit can.*

Seguido por un:

*—Pumpity, pumpity, pumpity pump
I like eggs with a bit of ham.*

Cuando llegó el turno de Adriana, ella ya sabía que estaba condenada. Ninguno de los otros poemas se parecía al suyo. Eran pésimos, pero hechos por ellos mismos. Si alguien no le creía, ahí sí que estaría fregada.

—Solo faltas tú —le dijo la miss a Adriana.

Aclaró su garganta, respiró profundamente y rogó que nadie en esas veintisiete carpetas conociera a John Denver.

*—If I had a day that I could give you,
I'd give to you a day just like today.*

Sentía su cara hirviendo. Con calma, sin cantar, se repetía.

*—If I had a song that I could sing for you,
I'd sing a song to make you feel this way.*

Levantó la vista para revisar a su audiencia.

*—If I had a tale that I could tell you,
I'd tell a tale sure to make you smile.*

Todos estaban concentrados en su lectura.

*—If I had a wish that I could wish for you,
I'd make a wish for sunshine for all the while.*

Silencio. La sangre volvió a subirle a la cara. ¿Y si me desmayo?, contempló.

El salón aplaudió. Menos mal la miss no le preguntó ningún detalle sobre el poema. Adriana intentó concentrarse, mientras se le pasaba por la cabeza cómo rayos se había atrevido a copiarse. Esperaba que la profesora no la pusiera de ejemplo, que se olvidara de su existencia. Sin embargo, al final de la clase la llamó a su escritorio. Adriana tragó saliva e intentó verse tranquila, aunque sabía que su cara era la menos cómplice en esa situación.

Su papá llegó a casa solo para encontrarse a Adriana esperándolo de nuevo en el sillón con un rostro desencajado.

—Nooooo. ¿Te atraparon? —preguntó incrédulo su papá, mientras se sentaba a su lado.

—Al contrario, me fue tan bien que la profesora quiere que escriba otro para mañana.